2. Cultura y sociedad

En este capítulo abordaremos la unidad y la diversidad de la vida humana y de su cultura, así como los diversos tipos de sociedad en los que viven los seres humanos. El concepto de **cultura** es uno de los más utilizados en sociología. Cuando pensamos en el término «cultura» en la conversación diaria corriente, solemos considerar que equivale a «los aspectos mentales más elevados», como el arte, la literatura, la música y la pintura. Tal como lo emplean los sociólogos, incluye tales actividades, pero también otras. La cultura tiene que ver con las formas de vida de los miembros de una sociedad o de sus grupos. Incluye el modo de vestir, las costumbres matrimoniales y la vida familiar, las pautas laborales, las ceremonias religiosas y la forma de emplear el tiempo libre.

«Cultura» se distingue conceptualmente de «sociedad», pero existe una estrecha relación entre ambos conceptos. Una **sociedad** es un sistema de interrelaciones que vincula a los individuos. En este sentido, Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, por ejemplo, son sociedades compuestas por millones de personas. Otras, como las de los antiguos cazadores y recolectores, pueden reducirse a treinta o cuarenta integrantes. A todas las sociedades las une el hecho de que sus miembros se organizan a partir de relaciones sociales estructuradas que se basan en una única cultura. Ninguna cultura podría existir sin sociedad. Tampoco puede haber una sociedad sin cultura. Sin ella no seríamos en absoluto «humanos», en el sentido en que normalmente entendemos este término. No tendríamos una lengua en la que expresarnos ni conciencia de nosotros mismos, y nuestra habilidad para pensar y razonar se vería considerablemente limitada.

Las variaciones culturales que diferencian a los seres humanos están relacionadas con los tipos de sociedad; en este capítulo compararemos y contrastaremos las diversas formas de sociedad que se han dado en la historia. El objetivo de ello es establecer un estrecho vínculo entre dos aspectos de la existencia humana: los diferentes valores y productos cul-

turales que han desarrollado los seres humanos y los tipos opuestos de sociedad en los que ha tenido lugar el desarrollo cultural. Con demasiada frecuencia la cultura se debate al margen de la sociedad, como si ambos elementos no tuvieran mucha relación. Sin embargo, están estrechamente imbricados. A lo largo de este capítulo centraremos nuestra atención en cómo ha afectado el cambio social al desarrollo cultural humano. En los apartados finales examinaremos algunos factores que contribuyen al cambio social e investigaremos los cambios especialmente profundos que han tenido lugar en la época contemporánea.

El concepto de cultura

A los sociólogos, cuando hablan de cultura, les interesan más los aspectos aprendidos de las sociedades humanas que los heredados. Estos elementos culturales los comparten los miembros de la sociedad y permiten que haya cooperación y comunicación. Forman el contexto común en el que los individuos de una sociedad viven su vida. La cultura de una sociedad se compone tanto de aspectos intangibles —creencias, ideas y valores que dan contenido a la cultura— como tangibles: objetos, símbolos o tecnologías que representan ese contenido.

Valores y normas

En todas las culturas son fundamentales las ideas que definen lo que se considera importante, valioso o deseable. Estas ideas abstractas, o **valores,** dan significado y orientación a los seres humanos cuando interactúan con el mundo social. Por ejemplo, la monogamia —la fidelidad a una única pareja sexual— es un valor destacado de la mayoría de las sociedades occidentales. Las **normas** son reglas de comportamiento que reflejan o encarnan los valores de una cultura. Valores y normas funcionan conjuntamente dentro de su entorno. Por ejemplo, en las culturas que tienen el aprendizaje en alta estima las normas culturales animarán a los estudiantes a dedicar gran energía a esta actividad y apoyarán a los padres cuando tengan que hacer sacrificios para la educación de sus hijos. En una cultura que conceda una gran importancia a la hospitalidad, las normas culturales pueden guiar las expectativas sobre la práctica de hacer regalos o sobre el comportamiento social tanto del invitado como del anfitrión.

Los valores y las normas varían considerablemente de unas culturas a otras. Algunas valoran mucho el individualismo, mientras que otras hacen más hincapié en las necesidades compartidas. Sirva un sencillo ejemplo para dejar claro este punto. En Gran Bretaña, a la mayoría de los escolares les escandalizaría darse cuenta de que un compañero está «copiando» en un examen. En este país, tal práctica va contra valores fundamentales como la superación personal, la igualdad de oportunidades, el esfuerzo y el respeto por «las reglas». Sin embargo, puede que a los estudiantes rusos les desconcertara la indignación de sus compañeros británicos. Ayudar a los demás a aprobar un examen pone de manifiesto el valor que los rusos conceden a la igualdad y a la resolución colectiva de los problemas frente a la autoridad. Piense en su propia reacción ante este hecho. ¿Qué información le da sobre los valores de su sociedad?

Es posible que haya valores contradictorios, incluso dentro de una misma sociedad o comunidad: puede que ciertos grupos o individuos valoren creencias religiosas tradicionales mientras que otros estén a favor del progreso y de la ciencia. Donde unos prefieren la comodidad material y el éxito, otros pueden ser partidarios de la sencillez y de una vida tranquila. En nuestra cambiante época, que se llena con el movimiento global de personas, ideas, bienes e información, no resulta sorprendente encontrar ejemplos de valores culturales enfrentados.

El cambio de los valores y de las normas culturales

Los valores y normas culturales suelen cambiar con el tiempo. Muchas normas que ahora damos por sentadas en nuestra vida privada —como las relaciones sexuales antes del matrimonio y el hecho de que haya parejas que vivan juntas sin casarse— van en contra de valores que eran muy habituales hasta hace pocas décadas. Los valores que orientan nuestra vida íntima han ido evolucionando de forma gradual y natural durante muchos años (véase el capítulo 7, «Familias»). Pero ¿qué ocurre cuando las normas culturales y de comportamiento se alteran a propósito?

En enero de 2000, una comisión del gobierno japonés publicó un informe que perfilaba los principales objetivos de Japón para el siglo XXI. Frente a la recesión económica, el aumento de la delincuencia y el alto índice de desempleo, la comisión se constituyó a instancias del primer ministro con la tarea de indicar una nueva trayectoria para el país en las décadas siguientes. Sus principales conclusiones sorprendieron a mucha gente. Para que el país pueda afrontar adecuadamente los males sociales de la actualidad, los ciudadanos japoneses tienen que estar menos apegados a sus valores fundamentales. La comisión llegaba a la conclusión de que la cultura japonesa concede demasiado valor a la conformidad y la igualdad, y pedía que se tomaran medidas para reducir el «excesivo grado de homogeneidad y uniformidad» de la sociedad. Apuntaba algunas facetas básicas de la vida japonesa que reflejan esta conformidad: casi todos los escolares del país llevan un mismo uniforme azul marino que enmascara los rasgos individuales, mientras que los empleados suelen quedarse hasta tarde en la oficina aunque no tengan necesidad, a causa de una regla no escrita que afecta al hecho de irse pronto. Según las conclusiones de la comisión, estos valores evitan que los japoneses asuman ideas relacionadas con el aumento del poder individual que serán esenciales en los años venideros.

Las normas y los valores culturales se hallan muy enraizados y es demasiado pronto para decir si un gobierno tendrá éxito en su pretensión de alterar los valores tradicionales japoneses. Sin embargo, un dicho tradicional japonés —«hay que amartillar el clavo que sobresale»— sugiere que puede costar cierto tiempo y esfuerzo debilitar los valores de conformidad y modestia de la cultura japonesa.

Muchos de nuestros comportamientos y hábitos cotidianos se basan en normas culturales. Como veremos en el capítulo 4 («Interacción social y vida cotidiana»), los movimientos, gestos y expresiones están muy influidos por factores culturales. Un claro ejemplo de ello puede apreciarse en la forma de sonreír de las personas —sobre todo en los ámbitos públicos— en diferentes culturas. Entre los inuit (esquimales) de Groenlandia, por ejemplo, no existe la gran tradición de «sonreír en público» que se da en muchos lugares de Europa

Un ejemplo de choque cultural entre Oriente y Occidente: un perrito que en Europa recibiría las atenciones de un animal de compañía puede ser vendido como manjar familiar en China.

Occidental y Norteamérica. Esto no significa que los inuit sean distantes u hoscos, sino que, simplemente, sonreír a los desconocidos o intercambiar cumplidos con ellos no es una práctica habitual. Sin embargo, al extenderse la industria del sector servicios en el país en los últimos años, los empresarios han realizado esfuerzos por «inculcar» la sonrisa como valor cultural. Se cree que sonreír y mostrar una actitud educada ante el cliente son prácticas esenciales para que un negocio sea competitivo. Es más posible que un cliente vuelva a un establecimiento si se le recibe sonriendo y se le dice «que tenga un buen día». Ahora, en muchos supermercados de Groenlandia, a los dependientes se les enseñan técnicas para dar servicio con amabilidad mediante vídeos, ¡y los empleados de algunas cooperativas han llegado a ser enviados al extranjero para asistir a cursos de formación! La apertura de restaurantes de comida rápida como McDonald's ha introducido por primera vez un tipo de servicio de cuño occidental. A los empleados de esta cadena se les ha enseñado a dar la bienvenida a los clientes, a presentarse y a sonreír con profusión. Al principio, estos requisitos produjeron cierta incomodidad en los trabajadores, para quienes este estilo resultaba falso y artificial. Sin embargo, con el tiempo, la idea de sonreír en público —al menos en el lugar de trabajo— ha llegado a aceptarse un poco más.

La diversidad cultural

No sólo varían las creencias culturales de una cultura a otra. Los tipos de comportamiento y de prácticas de los seres humanos también presentan una asombrosa variedad. Las formas de comportamiento aceptadas varían enormemente en cada cultura y, a menudo, contrastan de forma notable con lo que los occidentales consideran «normal». Por ejemplo, en Occidente hoy en día se considera que los niños o niñas de doce o trece años son demasiado jóvenes para casarse. Sin embargo, en algunas culturas, es normal acordar matrimonios entre criaturas de esa edad. En Occidente comemos ostras y no gatitos o cachorros de perro, pero éstos son auténticos manjares en algunas partes del mundo. Los judíos no comen cerdo, mientras que los hindúes sí lo hacen, aunque rechazan la carne de vaca. Para los occidentales, besarse es una manifestación normal del comportamiento sexual, pero en otras muchas culturas se desconoce esta práctica o se considera repugnante. Todos estos rasgos diversos del comportamiento son aspectos de las amplias diferencias culturales que distinguen a unas sociedades de otras.

Las sociedades pequeñas, como las de cazadores y recolectores, suelen ser culturalmente uniformes. Algunas modernas, como Japón, han mantenido bastante su carácter *monocultural* y se caracterizan por altos niveles de *homogeneidad cultural.* Sin embargo, en este

sentido las sociedades se están haciendo más diversas, más *multiculturales*. Como se descubrirá en el capítulo 9 («Raza, etnicidad y emigración»), procesos como la esclavitud, el colonialismo, la guerra, la emigración y la globalización actual han hecho que las poblaciones se dispersen y se establezcan en nuevas áreas saltándose las fronteras. Así se produce la aparición de sociedades que son conglomerados culturales, en las que la población se compone de varios grupos de diversa procedencia cultural, étnica y lingüística. En las ciudades contemporáneas conviven muchas comunidades subculturales: en el centro de Londres, por ejemplo, pueden encontrarse antillanos, pakistaníes, indios, bangladesíes, italianos, griegos y chinos.

La idea de **subcultura** no sólo designa a los grupos étnicos o lingüísticos que hay en una sociedad. También afecta a sectores de la población que se distinguen del resto de la sociedad por sus pautas culturales. La idea de subcultura es muy amplia y puede incluir a los naturistas, góticos, piratas informáticos, *hippies*, rastafaris, aficionados al *hip-hop* o seguidores de un equipo de fútbol. Algunas personas pueden identificarse claramente con una determinada subcultura, mientras que otras se mueven sin problemas entre varias.

La cultura desempeña un importante papel en la perpetuación de los valores y normas sociales, aunque también presenta grandes oportunidades para la creatividad y el cambio. Las subculturas y las *contraculturas* —grupos que en gran medida rechazan los valores y las normas sociales preponderantes— pueden propugnar ideas alternativas a la cultura dominante. Los movimientos sociales, o grupos de personas que comparten una misma forma de vida, son poderosas fuerzas de cambio dentro de las sociedades. De este modo, las subculturas conceden a las personas la libertad de expresarse y de actuar en consonancia con sus opiniones, esperanzas y creencias.

El etnocentrismo

Cada cultura tiene sus propias pautas de comportamiento, que resultan extrañas para aquellos que proceden de otro ámbito cultural. Si usted ha viajado al extranjero, probablemente le resulte familiar la sensación de encontrarse en una cultura nueva. Puede que ciertos aspectos de la vida cotidiana que usted da por hechos inconscientemente en su propia cultura no formen parte de la vida diaria en otras partes del mundo. Incluso en países que comparten el mismo idioma, los hábitos, costumbres y comportamientos cotidianos pueden ser bastante diferentes. ¡La expresión *shock cultural* resulta muy apropiada! Con frecuencia, la gente se siente desorientada cuando se adentra en una nueva cultura. Esto se debe a que han perdido los puntos de referencia familiares que les ayudan a comprender el mundo que les rodea y aún no han aprendido cómo manejarse en esa nueva cultura.

Las culturas pueden ser extremadamente difíciles de captar desde fuera. No podemos entender las prácticas y creencias al margen de las culturas de las que forman parte. Es un presupuesto clave de la sociología el que una cultura ha de estudiarse a partir de sus propios significados y valores. Esta idea también se denomina **relativismo cultural**. Los sociólogos se esfuerzan, en la medida de lo posible, por evitar el **etnocentrismo**, que consiste en juzgar otras culturas mediante la comparación con la propia. Dado que las culturas humanas son tan variadas, no resulta sorprendente que a los que provienen de una de ellas les resulte difícil aceptar las ideas o el comportamiento de los habitantes de otras.

La música *reggae*

Es frecuente que los que saben de música popular distingan al escuchar una canción las influencias estilísticas que han ayudado a conformarla. Después de todo, cada estilo musical representa una manera característica de combinar el ritmo, la melodía, la armonía y la letra. Y aunque no hace falta ser un genio para percibir las diferencias que hay entre el *grunge*, el rock duro, el tecno o el *hip-hop*, los músicos mezclan con frecuencia varios estilos al hacer canciones. Identificar los componentes de tales combinaciones puede resultar difícil, pero para los sociólogos culturales el esfuerzo suele merecer la pena. Lo habitual es que de cada grupo social surja un estilo musical diferente, y estudiar cómo se combinan y funden los estilos es una buena forma de mostrar gráficamente los contactos culturales que existen entre los grupos.

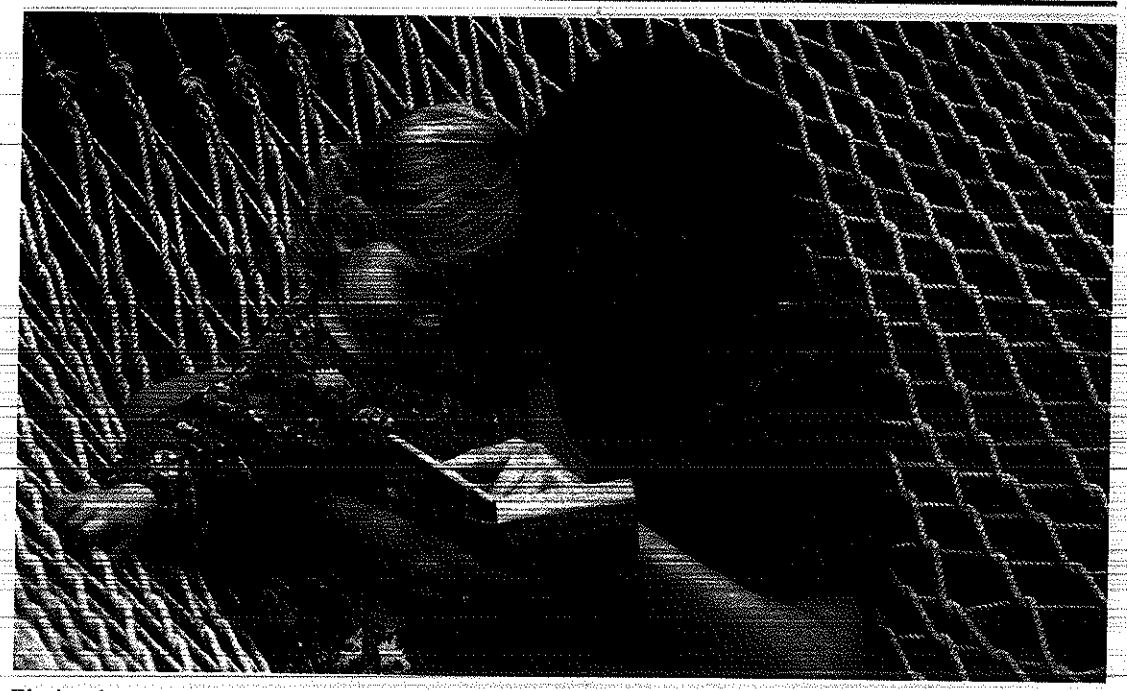
Algunos sociólogos de la cultura han centrado su atención en la música *reggae* porque ejemplifica el proceso de creación de nuevas formas musicales a partir de los contactos entre diversos grupos sociales. Las raíces del *reggae* pueden situarse en África Occidental. En el siglo XVII muchas personas de esa región fueron esclavizadas por los colonizadores británicos y fletadas hasta las Antillas para que trabajaran en las plantaciones de azúcar. Aunque los británicos intentaron evitar que los esclavos tocaran música tradicional africana, por miedo a que les sirviera como elemento aglutinante para la revuelta, los esclavos se las arreglaron para mantener viva su tradición percusiva, a veces integrándola con los estilos musicales europeos impuestos por sus dueños. En Jamaica, los tambores de uno de los grupos de esclavos, los *burru*, fueron abiertamente tolerados por los terratenientes esclavistas porque ayudaban a mantener el ritmo del trabajo. La esclavitud fue finalmente abolida en Jamaica en 1834, pero la tradición de los tambores de los *burru* se mantuvo, incluso cuando muchos de sus hombres abandonaron las zonas rurales para emigrar a los barrios bajos de Kingston.

Fue en estos arrabales donde comenzó a surgir la nueva religión que habría de ser crucial para el desarrollo del *reggae*. En 1930, en África, un hombre llamado Haile Selassie fue coronado emperador de Etiopía. Mientras que los que se oponían en todo el mundo al colonialismo europeo se alegraron de su acceso al trono, en las Antillas algunas personas comenzaron a pensar que Selassie era un dios enviado a la tierra para conducir hacia la libertad a los oprimidos de África. Uno de los nombres de Selassie era el de «príncipe Ras Tafari» y los antillanos que lo adoraban se hicieron llamar «rastafaris». Pronto surgió entre los *burru* el culto rastafari, y su música pasó a combinar el tipo de percusión de ese grupo con temas bíblicos alusivos a la opresión y la liberación. En la década de 1950, los músicos antillanos comenzaron a mezclar los ritmos y letras rastafaris con elementos del *jazz* y el *rhythm and blues* de los negros norteamericanos. Al final, esta combinación produjo el *ska* y, posteriormente, a finales de los sesenta, el *reggae*, que se basa en un ritmo relativamente lento con un bajo marcado y en historias que hablan de las privaciones en las zonas urbanas y del poder de la conciencia social colectiva. Muchos artistas del *reggae*, como Bob Marley, han logrado éxito comercial, y hacia los años setenta este tipo de música se escuchaba por todo el mundo. En las décadas de 1980 y 1990, el *reggae* se fundió con el *hip-hop* (o *rap*) para producir nuevos sonidos, como los que pueden escucharse en el trabajo de grupos como Wu-Tang Clan y los Fugees (Hebdige, 1997).

La historia del *reggae* es, por tanto, la del contacto entre diferentes grupos sociales y la de los significados —políticos, espirituales y personales— que tales grupos expresaban mediante su música. La globalización ha hecho más intensos estos contactos. Ahora, por ejemplo, un joven músico escandinavo puede crecer escuchando música producida por hombres y mujeres de los sótanos del barrio londinense de Notting Hill y, a la vez, estar muy influido por las interpretaciones de mariachis que se retransmiten en directo vía satélite desde México D. F. Si el número de contactos entre los grupos es un determinante crucial para el ritmo de la evolución musical, se puede pronosticar que, con el desarrollo del proceso de globalización, habrá una auténtica profusión de nuevos estilos en los años venideros.

Aplicar el relativismo cultural —es decir, prescindir de creencias culturales propias y arraigadas para examinar una situación según los criterios de otra cultura— es una práctica cargada de incertidumbres y desafíos. No sólo puede resultar difícil considerar las cosas desde un punto de vista completamente diferente, sino que a veces pueden plantearse inquietantes cuestiones. ¿Acaso significa el relativismo cultural que *todas* las costumbres y comportamientos son igualmente legítimos? ¿Hay ciertas reglas que todos los seres humanos debamos respetar? Pensemos en el caso siguiente.

En los años siguientes a la retirada soviética de Afganistán, las luchas intestinas y la guerra civil se adueñaron de esta zona. Gran parte del país pasó a estar controlado por los talibán, un grupo que pretendía construir una sociedad pura basada en principios islámicos. Bajo el gobierno talibán, todos los aspectos de la vida de las mujeres afganas se vieron sometidos a estrictas normas, que afectaban a su forma de vestir, a sus movimientos en público y a sus asuntos personales. Para salir de casa, las mujeres tenían que cubrirse de la cabeza a los pies y ocultar su rostro tras una especie de malla. Perdieron el derecho a trabajar



El vínculo entre la madre y el niño subyace en muchos de los procesos de socialización primaria, dando lugar más tarde a agentes de socialización secundaria más formales, como las escuelas.

fuera de casa y a la educación. Para muchos académicos musulmanes la versión de la *sharia* de los talibán es muy severa. A pesar de las críticas de la comunidad internacional y de enérgicas campañas de defensa de las mujeres afganas, los talibán sostenían que sus políticas hacia la mujer eran esenciales para la construcción de una sociedad casta en la que ellas fueran totalmente respetadas y en la que se venerara su dignidad.

¿Pueden ser aceptables las políticas de los talibán a principios del siglo XXI? No hay soluciones sencillas para este dilema ni para otros muchos en los que las normas y valores culturales no coinciden. Por una parte, es importante resistirse a aplicar las propias reglas culturales a personas que viven en contextos muy diferentes. Pero también resulta problemático aceptar explicaciones culturales para situaciones que van en contra de valores y normas que se dan por sentados. El sociólogo debe evitar las reacciones instintivas y examinar las cuestiones complejas con cuidado, utilizando tantas perspectivas como sea posible.

La socialización

Como ya hemos señalado anteriormente, la cultura tiene que ver con los aspectos sociales aprendidos, más que con los heredados. Al proceso mediante el cual los niños u otros nuevos miembros de la sociedad aprenden la forma de vida de ésta se le denomina **socialización**, que es el principal canal de transmisión cultural a lo largo del tiempo y de las generaciones.

Hay animales inferiores en la escala evolutiva que son capaces de valerse por sí mismos poco después de nacer, con escasa o ninguna ayuda de los adultos. Sin embargo, los animales superiores tienen que *aprender* formas de comportamiento apropiadas: los jóvenes están en muchos casos totalmente indefensos cuando nacen y necesitan el cuidado de los mayores. El bebé humano es el más indefenso de todos ellos, y no puede sobrevivir sin ayuda de un adulto, al menos durante sus primeros cuatro o cinco años de vida. En consecuencia, la socialización es el proceso por el cual la criatura indefensa se va convirtiendo gradualmente en una persona consciente de sí misma, con conocimientos y diestra en las manifestaciones de la cultura en la que ha nacido. La socialización no es un tipo de «programación cultural» por la cual el niño absorbe, de un modo pasivo, las influencias con las que entra en contacto. Desde el momento en que nace, el niño tiene necesidades o exigencias que afectan al comportamiento de los responsables de su cuidado: el bebé es un ser activo desde el principio.

La socialización pone en contacto a las diferentes generaciones. El nacimiento de un niño altera las vidas de aquellos que son responsables de su crianza, los cuales, a su vez, experimentan un nuevo aprendizaje. La paternidad y la maternidad ligan normalmente las actividades de los adultos a las de los niños para el resto de las vidas de unos y otros. Las personas mayores siguen siendo padres cuando se convierten en abuelos, aunque, por supuesto, de este modo forjan una nueva serie de relaciones que conectan a las diferentes generaciones entre sí. Por lo tanto, hay que considerar la socialización como un proceso que dura toda la vida y en el cual el comportamiento humano se ve constantemente configurado por las interacciones sociales. Permite que los individuos desarrollen su personalidad y sus potencialidades, así como el aprendizaje y la realización de ajustes.

Los sociólogos señalan con frecuencia que la socialización tiene lugar durante dos grandes fases, que afectan a diversos **agentes de socialización**: grupos o contextos sociales en los que tienen lugar procesos de socialización importantes. La *socialización primaria* ocurre en la etapa de bebé y en la infancia, y es el período de aprendizaje cultural más intenso. Es el momento en el que niños y niñas aprenden a hablar y también las pautas básicas de comportamiento que constituyen los cimientos del aprendizaje posterior. La familia es el principal agente socializador durante esta fase. La *socialización secundaria* tiene lugar en una etapa posterior que va desde la última infancia hasta la época de madurez. Durante esta fase, hay otros agentes de socialización que asumen la responsabilidad que antes tenía la familia. Las escuelas, los compañeros, las organizaciones, los medios de comunicación y, finalmente, el lugar de trabajo comienzan a convertirse en fuerzas socializadoras para los individuos. Las interacciones sociales que se dan en estos contextos ayudan a las personas a aprender los valores, las normas y las creencias que componen las pautas de su cultura.

Los roles sociales

Mediante el proceso de socialización los individuos aprenden los **roles sociales**: expectativas socialmente definidas que sigue una persona en una determinada posición social. El rol social de «médico», por ejemplo, comprende un conjunto de comportamientos que debe cumplir cada uno de los facultativos, independientemente de cuáles sean sus opiniones o perspectivas individuales. Como todos comparten este rol, es posible hablar en términos

generales de un comportamiento profesional médico, que está al margen de los individuos concretos que ocupan cada uno de los puestos.

Para algunos sociólogos, sobre todo los relacionados con la escuela funcionalista, los roles sociales son componentes fijos y relativamente inmutables que forman la cultura de una sociedad. Se consideran hechos sociales. Según este punto de vista, los individuos aprenden las expectativas que rodean las posiciones sociales en su cultura y, en general, las representan tal como han sido definidas. Los roles sociales no conllevan habilidad o creatividad alguna, sino que son preceptivos porque contienen y dirigen el comportamiento del individuo. Mediante la socialización, los individuos interiorizan los roles sociales y aprenden a ponerlos en práctica.

Sin embargo, esta idea es errónea. Sugiere que los individuos, en vez de crear o superar los roles, no hacen más que asumirlos. En realidad, la socialización es un proceso en el que los seres humanos tienen un margen de actuación; no son sólo sujetos pasivos a la espera de instrucciones y programas. Los individuos llegan a comprender y asumir los roles sociales a través de un continuo proceso de interacción social.

La identidad

Los entornos culturales en los que nacemos y alcanzamos la madurez influyen en nuestro comportamiento, pero eso no significa que los seres humanos estemos privados de nuestra individualidad o libre albedrío. Se podría pensar que simplemente nos acoplamos a unos moldes preestablecidos que la sociedad tiene preparados para nosotros. Algunos sociólogos escriben sobre la socialización como si éste fuera el caso, pero tal punto de vista es fundamentalmente erróneo. El hecho de que desde el nacimiento hasta la muerte interactuemos con otros condiciona, sin ninguna duda, nuestra personalidad, los valores en los que creemos y el comportamiento que desarrollamos. Sin embargo, la socialización también es el origen de nuestra propia individualidad y libertad. En el curso de la socialización cada uno desarrolla un sentido de la identidad propio y la capacidad de pensar y actuar de forma independiente.

El concepto de **identidad** sociológico es polifacético y se puede abordar de diversas maneras. En términos generales, la identidad tiene que ver con la idea que las personas se hacen sobre quiénes son y sobre lo que tiene sentido para ellas. Estas interpretaciones se forman en relación con ciertos atributos que tienen prioridad sobre otras fuentes de significado. Entre las principales fuentes de identidad se encuentran el género, la orientación sexual, la nacionalidad o la etnicidad y la clase social. Los sociólogos hablan con frecuencia de dos tipos de identidad: la *social* y la *personal* (o del sujeto), que son distintas desde el punto de vista analítico, aunque estén estrechamente relacionadas entre sí. La **identidad social** alude a las características que le atribuyen al individuo los demás. Pueden considerarse indicadores que señalan quién *es* tal persona en un sentido fundamental. Al mismo tiempo, ubican a esa persona en relación con los demás individuos que comparten los mismos atributos. Ejemplos de identidad social pueden ser las categorías de estudiante, madre, abogado, católico, indigente, asiático, disléxico, casado, etc. Muchos individuos tienen identidades sociales que comprenden más de un atributo. Se puede ser a la vez madre, ingeniera, musulmana y concejala. Las identidades sociales múltiples reflejan las muchas

dimensiones que tiene la vida de una persona. Aunque esta diversidad de identidades sociales puede ser una posible causa de conflictos para los individuos, la mayoría de ellos organizan el significado y la experiencia de sus vidas en torno a una identidad primaria que se mantiene bastante estable en el tiempo y el espacio.

Por lo tanto, las identidades sociales comportan una dimensión colectiva. Indican formas que tienen los individuos de ser «iguales» a los demás. Las identidades compartidas —que se asientan en una serie de objetivos, valores y experiencias comunes— pueden constituir una base importante para los movimientos sociales. Feministas, ecologistas, sindicalistas y partidarios de movimientos fundamentalistas religiosos y/o nacionalistas son ejemplos en los que se utiliza una identidad social compartida como poderosa fuente de significado.

Si las identidades sociales indican de qué manera los individuos pueden ser iguales a los demás, la **identidad personal** (o del sujeto) es la que nos individualiza, puesto que hace alusión al proceso de desarrollo personal mediante el cual formulamos un sentido propio de lo que somos y de nuestra relación con el mundo que nos rodea. La idea de identidad personal está muy influida por la obra de los interaccionistas simbólicos. El trato constante del individuo con el mundo exterior es lo que le ayuda a crear y a conformar su propia idea del sujeto. El proceso de interacción entre éste y la sociedad ayuda a vincular los mundos personal y público de un individuo. Aunque el entorno cultural y social es uno de los factores que influye en la configuración de la propia identidad, la acción y la elección del individuo tienen una importancia capital.

Si rastreamos los cambios en la identidad personal que se han producido en el paso de las sociedades tradicionales a las modernas, podemos observar el abandono de los factores fijos y heredados que antes orientaban la formación de dicha identidad. Si en un determinado momento las identidades de las personas se basaban en gran medida en su participación en grandes grupos sociales, ligados por la clase o la nacionalidad, en la actualidad tales identidades son más polifacéticas y menos estables. Los procesos de desarrollo urbano, industrialización y quiebra de las formaciones sociales anteriores han debilitado el impacto de las reglas y convenciones heredadas. Ahora los individuos se mueven más social y geográficamente. De este modo, las personas se han liberado de las comunidades tupidas y relativamente homogéneas del pasado, en las que unas pautas fijas pasaban de generación en generación. Se ha creado un espacio en el que otras fuentes de significado, como son el género y la orientación sexual, pueden tener un mayor papel dentro de la propia identidad de las personas.

En el mundo actual disponemos de oportunidades sin precedentes para hacernos a nosotros mismos y crear nuestra propia identidad. Somos nuestro principal recurso para definir quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos. Ahora que las referencias tradicionales se han hecho menos esenciales, el mundo social aparece ante nosotros con una mareante gama de opciones relacionadas con lo que se puede ser, cómo se puede vivir y qué se puede hacer, sin proporcionar mucha orientación sobre qué opción tomar. Las decisiones de nuestra vida cotidiana —que afectan a lo que nos ponemos, cómo nos comportamos y de qué manera empleamos nuestro tiempo— nos ayudan a ser lo que somos. El mundo moderno nos obliga a encontrarnos a nosotros mismos. A través de nuestras capacidades como seres humanos conscientes de nosotros mismos creamos y recreamos constantemente nuestra identidad.

La decoración del cuerpo puede constituir una poderosa declaración de identidad personal, sin dejar de ser un indicador de una identidad social que los demás pueden reconocer.

Tipos de sociedad

Los rasgos culturales no suelen relacionarse con las pautas generales de desarrollo social. El nivel de cultura material al que llega una sociedad dada influye en otros aspectos del desarrollo cultural, aunque en modo alguno los determine por completo. Por ejemplo, esto es fácil de ver en el ámbito tecnológico. Gran parte de los aditamentos culturales que caracterizan nuestra vida en la actualidad —coches, teléfonos, ordenadores, agua corriente, luz eléctrica— depende de innovaciones tecnológicas que se han producido en épocas muy recientes de la historia humana. Algo similar puede decirse de fases anteriores del desarrollo social. Antes de que se pudieran fundir los metales, por ejemplo, los bienes habían de hacerse con materiales que se encontraban en la naturaleza, como la madera o la piedra, lo cual limitaba de manera fundamental el tipo de artículos que se podía construir. El desarrollo de la escritura es otro de los factores que ha tenido una profunda influencia en la configuración de las sociedades humanas. La escritura ha sido algo desconocido durante gran parte de la historia, pero su aparición hizo posibles formas de organización social diferentes de las que habían existido con anterioridad.

A continuación nos ocupamos de los principales tipos de sociedad que han existido en el pasado y que aún pueden encontrarse en el mundo actual. Nos hemos acostumbrado en el momento presente a sociedades que contienen a millones de personas y a que muchas de ellas vivan hacinadas en las zonas urbanas. Pero durante gran parte de la historia, la tierra estuvo mucho menos poblada que ahora, y el hecho de que la mayoría de los integrantes de ciertas sociedades habiten en ciudades es algo que sólo ha comenzado a producirse en los últimos cien años. Para comprender las formas sociales que existían antes de la industrialización moderna tenemos que recurrir a la dimensión histórica de la imaginación sociológica.

Un mundo que desaparece: las sociedades premodernas y su destino

Cazadores y recolectores

Durante toda nuestra existencia en este planeta, a excepción de una mínima parte, los seres humanos han vivido en **sociedades cazadoras y recolectoras.** Estos grupos se ganan la vida con la caza, la pesca y la recolección de plantas silvestres comestibles. Dichas culturas aún perviven en algunas partes del mundo, como unas pocas zonas áridas de África y las selvas de Brasil o Nueva Guinea. Sin embargo, la mayoría han sido destruidas o absorbidas por la expansión de la cultura occidental, y las que han sobrevivido no tienen muchas posibilidades de permanecer intactas mucho más tiempo. En la actualidad, menos de un cuarto de millón de personas en el mundo subsiste mediante la caza y la recolección (sólo el 0,001% del total de la población mundial).

En comparación con otras sociedades más extensas —especialmente las modernas como Gran Bretaña y los Estados Unidos—, en los grupos de cazadores y recolectores existen pocas desigualdades. Apenas tienen interés en desarrollar una riqueza material que vaya más allá de lo que precisan para satisfacer las necesidades más básicas. Sus principales preocupaciones se suelen centrar en los valores religiosos y en las actividades ceremoniales y rituales. Sus bienes materiales se limitan a armas de caza, herramientas para cavar y construir, así como trampas y útiles de cocina. No existe, por tanto, mucha diferencia en el número o el tipo de posesiones materiales entre los distintos miembros de la sociedad; no hay una división entre ricos y pobres. Las diferencias de posición o rango suelen limitarse a las de edad y sexo; los hombres son casi siempre los cazadores, mientras que las mujeres se dedican a la recolección de semillas silvestres, a cocinar y a criar a los hijos. Sin embargo, esta división entre hombres y mujeres es muy importante, ya que los primeros suelen dominar las actividades públicas y ceremoniales.

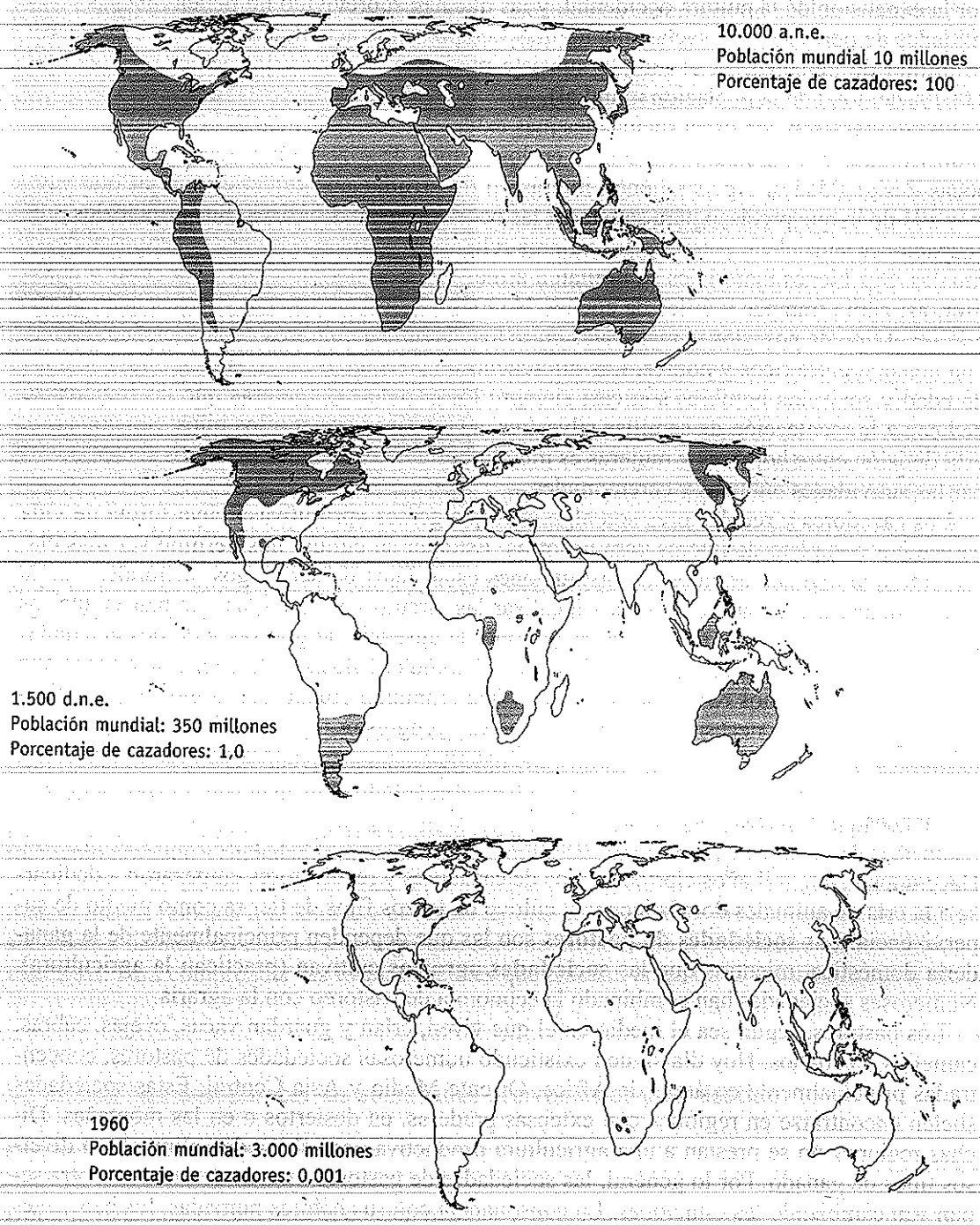
Los cazadores y recolectores son algo más que gentes «primitivas» cuya forma de vida carece por completo de interés para nosotros. Estudiar su cultura nos permite ver más claramente que algunas de nuestras instituciones están lejos de ser rasgos «naturales» de la vida humana. Sin duda, no debemos idealizar las circunstancias en las que han vivido los cazadores y recolectores, pero, a pesar de todo, la ausencia de guerras y de desigualdades importantes basadas en la riqueza y el poder, así como el énfasis en la cooperación más que en la competencia, nos recuerdan y enseñan que el mundo creado por la moderna civilización industrial no es necesariamente sinónimo de «progreso».

Sociedades de pastores y agrarias

Hace unos veinte mil años ciertos grupos de cazadores y recolectores empezaron a dedicarse a la cría de animales domésticos y al cultivo de trozos fijos de tier ra como medio de supervivencia. Las **sociedades de pastores** son las que dependen principalmente de la ganadería doméstica, mientras que las **sociedades agrarias** cultivan (practican la agricultura). Numerosas sociedades han combinado la economía de pastoreo con la agraria.

Los pastores, según sea el medio en el que viven, crían y guardan vacas, ovejas, cabras, camellos o caballos. Hoy día siguen existiendo numerosas sociedades de pastores, concentradas principalmente en áreas de África, Oriente Medio y Asia Central. Estas sociedades suelen encontrarse en regiones con extensas praderas, en desiertos o en las montañas. Dichas regiones no se prestan a una agricultura productiva pero sí pueden alimentar a diversos tipos de ganado. Por lo general, las sociedades de pastores migran de un área a otra según van cambiando las estaciones. En consonancia con sus hábitos nómadas, los habitantes de las sociedades de pastores no suelen acumular cuantiosas posesiones materiales, aunque su modo de vida es, en este sentido, más complejo que el de los cazadores y recolectores.

Figura 2.1 Decadencia de las sociedades cazadoras y recolectoras



FUENTE: Richard B. Lee e Irven de Vore (eds.): *Man the Hunter,* Aldine de Gruyter, 1968.

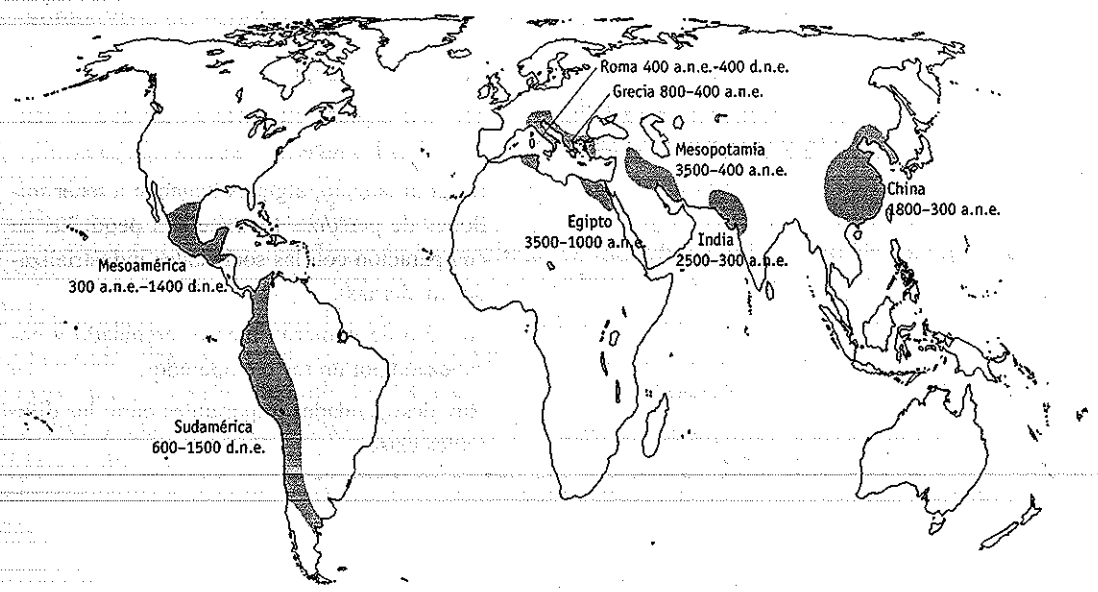
En un momento dado los grupos de cazadores y recolectores empezaron a sembrar sus propios productos en vez de recolectar simplemente lo que crecía de forma silvestre. Esta práctica se utilizó por vez primera en lo que se conoce como «horticultura», el cultivo de pequeños huertos mediante simples azadones o instrumentos para cavar. Al igual que el pastoreo, la horticultura proporcionaba un suministro de alimentos más seguro que la caza o la recolección y permitía, por tanto, abastecer a comunidades más amplias. Al no ser nómadas, las culturas que vivían de la horticultura podían acumular una mayor cantidad de posesiones materiales que las comunidades de cazadores y recolectores o las de pastores.

Civilizaciones no industriales o tradicionales

Aproximadamente desde el año 6000 a.n.e. tenemos pruebas de la existencia de sociedades de mayores dimensiones que las hasta entonces conocidas y que contrastan en ciertos sentidos con los tipos anteriores (véase la figura 2.2). (En la actualidad muchos historiadores prefieren utilizar a.n.e. —antes de nuestra era— y d.n.e. —después de nuestra era.) Estas sociedades se basaban en el desarrollo urbano, presentaban desigualdades muy pronunciadas de riqueza y poder y estaban relacionadas con el dominio de reyes o emperadores. Debido al hecho de que conocieron la escritura y un florecimiento de la ciencia y el arte, se las suele llamar *civilizaciones*.

Las primeras civilizaciones se desarrollaron en Oriente Medio, sobre todo en áreas fluviales fértiles. El Imperio chino data del año 2000 a.n.e., un momento en el que también existían poderosos estados en los territorios que hoy ocupan India y Pakistán. Existió un

Figura 2.2 Civilizaciones del mundo antiguo



Cuadro 2.1 Tipos de sociedades humanas premodernas

Tipo	Período en el que existieron	Características
Sociedades de cazadores y recolectores	Desde el 50.000 a.n.e. hasta la actualidad (ahora a punto de desaparecer completamente).	Se componen de pequeños grupos de personas que se ganan el sustento mediante la caza, la pesca y la recolección de plantas comestibles. Pocas desigualdades. Las diferencias de rango se limitan a las de edad y sexo.
Sociedades agrarias	Desde el 12.000 a.n.e. hasta la actualidad. Ahora la mayoría forman parte de entidades políticas mayores y están perdiendo su identidad diferenciada.	Compuestas por pequeñas comunidades rurales, sin pueblos o ciudades. Su forma de vida es la agricultura, que suele complementarse con la caza y la recolección. Más desigualdades que entre los cazadores y recolectores. Gobernadas por jefes tribales.
Sociedades de pastores	Desde el 12.000 a.n.e. hasta la actualidad. Hoy en día, la mayoría forman parte de estados más grandes; su forma de vida tradicional se está perdiendo.	Dependen del cuidado de animales domésticos para su subsistencia material. El tamaño de los grupos varía desde unos pocos cientos de personas hasta muchos miles. Se caracterizan por ciertas desigualdades. Gobernadas por jefes tribales o reyes guerreros.
Civilizaciones no industriales	Desde el 6.000 a.n.e. hasta el s. XIX. Todas las civilizaciones tradicionales han desaparecido.	Basadas principalmente en la agricultura. Existían algunas ciudades en las que se concentraba el comercio y las manufacturas. De gran tamaño, algunas llegaban a tener millones de personas (aunque son pequeñas en comparación con las sociedades industrializadas modernas). Aparato de gobierno bien diferenciado y encabezado por un rey o emperador. Hay desigualdades importantes entre las diferentes clases.

cierto número de estados tradicionales en Latinoamérica, como el de los aztecas de México, el de los mayas de la península de Yucatán y el de los incas del Perú.

La mayoría de las civilizaciones tradicionales eran también *imperios*; sus dimensiones eran fruto de la conquista y de la incorporación de otros pueblos (Kautsky, 1982). Así fue, por ejemplo, en la antigua China y en Roma. En su apogeo, en el siglo I d.n.e., el Imperio romano se extendió desde las islas Británicas, en el noroeste de Europa, hasta más allá de Oriente Medio. El Imperio chino, que duró más de dos mil años, hasta el umbral del siglo pasado, cubría la mayor parte de la inmensa región de Asia Oriental ocupada en la actualidad por la China moderna.

El mundo moderno: las sociedades industrializadas

¿Qué ha ocurrido para que se hayan destruido las formas de sociedad que dominaron la historia hasta hace dos siglos? La respuesta, en una palabra, es la industrialización, término ya introducido en el capítulo 1 («¿Qué es la sociología?»). La **industrialización** es el surgimiento de la producción mecánica, basada en el uso de fuentes de energía inanimada (como el vapor o la electricidad). Las **sociedades industrializadas** (a veces denominadas simplemente «modernas» o «desarrolladas») son completamente diferentes de cualquier tipo de orden social previo y su desarrollo ha tenido consecuencias que se han extendido mucho más allá de sus orígenes europeos.

Incluso en las civilizaciones tradicionales más avanzadas, la mayoría de la población se dedicaba al trabajo de la tierra. El nivel relativamente bajo de desarrollo tecnológico sólo permitía a una pequeña minoría quedar libre de las tareas rutinarias de la producción agrícola. Por el contrario, una de las características principales de las sociedades industrializadas actuales es que la gran mayoría de la población activa trabaja en fábricas, oficinas o tiendas, en vez de en la agricultura (véase el cuadro 2.2). Además, más del 90% de las personas vive en centros urbanos en los que se encuentran casi todos los trabajos y se crean nuevas oportunidades de empleo. El tamaño de las grandes ciudades es mucho mayor que el de los asentamientos urbanos de las civilizaciones tradicionales. En estas ciudades la vida social es más impersonal y anónima que antes y muchos de nuestros encuentros cotidianos se producen con extraños y no con personas que conozcamos. Grandes organizaciones, como las corporaciones empresariales o los organismos gubernamentales, llegan a influir en la vida de casi todos*.

Otra de las características de las sociedades industrializadas se refiere a sus sistemas políticos, mucho más desarrollados y concentrados que las formas de gobierno de los estados tradicionales, en las que las autoridades políticas (monarcas o emperadores) tenían poca influencia directa en las costumbres y hábitos de la mayor parte de sus súbditos, quienes vivían en poblados bastante autosuficientes. Con la industrialización se aceleraron el transporte y las comunicaciones, favoreciéndose así la creación de una comunidad «nacional» más integrada.

* El papel de las ciudades en el nuevo orden global se analiza en «Ciudades y globalización», p. 743.

Cuadro 2.2 Porcentaje de trabajadores agrícolas en los países industrializados y en los no industrializados, 1998

País	Porcentaje de mano de obra agrícola
Sociedades no industrializadas	
Nepal	91,1
Ruanda	90,1
Etiopía	88,3
Uganda	82,1
Bangladesh	64,2
Sociedades industrializadas	
Japón	6,2
Australia	5
Alemania	3,8
Canadá	3,4
Estados Unidos	2,8
Gran Bretaña	2

Las sociedades industrializadas fueron los primeros **estados-nación**: comunidades políticas separadas por fronteras claramente delimitadas y no por las vagas áreas de demarcación que solían mediar entre los estados tradicionales. Los gobiernos nacionales disfrutan de amplios poderes sobre numerosos aspectos de la vida de los ciudadanos y desarrollan leyes que se aplican a todos los que viven dentro de sus fronteras. Gran Bretaña, por ejemplo, es un estado-nación, como lo son prácticamente todas las sociedades del mundo actual.

La aplicación de la tecnología industrial no se ha visto en modo alguno limitada a las actividades pacíficas de desarrollo económico. Desde las fases iniciales de la industrialización los modernos procesos de producción han tenido aplicaciones militares, lo cual ha alterado radicalmente la forma de librar las guerras al crear armamento y formas de organización militar mucho más avanzadas que las que poseían las culturas no industriales. La combinación entre mayor fuerza económica, cohesión política y poder militar explica la expansión, aparentemente irresistible, de las formas de vida occidentales por todo el mundo durante los dos últimos siglos.

El desarrollo global

Desde el siglo XVII hasta comienzos del XX los países occidentales fundaron colonias en numerosas áreas previamente ocupadas por sociedades tradicionales, y emplearon su mayor fuerza militar allí donde se consideró oportuno. Aunque prácticamente todas esas colonias han conseguido hoy su independencia, el **colonialismo** fue un proceso crucial en la transformación del mapa social y cultural del globo, tal como hoy lo conocemos. En el capítulo anterior ya mencionamos el colonialismo, al aludir al desarrollo del comercio de café. En

zonas como Norteamérica, Australia y Nueva Zelanda, que estaban habitadas únicamente por pequeñas comunidades de cazadores y recolectores, los europeos se convirtieron en la mayoría de la población. En otras áreas, incluyendo la mayor parte de Asia, África y Sudamérica, las poblaciones locales continuaron siendo mayoritarias.

Las sociedades pertenecientes al primero de estos tipos, entre ellas los Estados Unidos, se han industrializado. Las de la segunda categoría se encuentran por lo general en un nivel de desarrollo industrial muy inferior y suelen denominarse sociedades en vías de desarrollo; en este grupo aparecen China, la India, la mayoría de los países africanos (como Nigeria, Ghana y Argelia) y muchos de Sudamérica (por ejemplo, Brasil, Perú y Venezuela). Dado que muchas de estas sociedades se encuentran al sur de los Estados Unidos y de Europa, a menudo se alude a ellas como el *Sur*, en contraste con el *Norte*, más rico e industrializado.

El Primer, el Segundo y el Tercer Mundos

Puede que haya escuchado con frecuencia que se considera a los países en vías de desarrollo como integrantes del **Tercer Mundo**, concepto que, en su origen, reflejaba el contraste existente entre los tres principales tipos de sociedad de principios del siglo XX (véase la figura 2.3). Los países del **Primer Mundo** eran (y son) los países industrializados de Europa, los Estados Unidos, gran parte de Oceanía (Australia, Nueva Zelanda, Tasmania y Melanesia) y Japón. Casi todas las sociedades del Primer Mundo tienen sistemas de gobierno multipartidistas y parlamentarios. La expresión **Segundo Mundo** denominaba a las sociedades comunistas de lo que era entonces la Unión Soviética (URSS) y Europa Oriental, incluyendo Checoslovaquia, Polonia, Alemania Oriental y Hungría. Las sociedades del Segundo Mundo tenían economías centralizadas, que concedían un escaso papel a la propiedad privada o a la competencia entre empresas. También eran sistemas de partido único: el Partido Comunista dominaba tanto el sistema político como el económico. Siguiendo las enseñanzas de Marx (véase el capítulo 1, pp. 37-41), los líderes comunistas creyeron que un sistema de producción de propiedad colectiva resultaría más próspero que el de libre mercado occidental.

Durante unos setenta y cinco años la historia del mundo se vio afectada por la rivalidad entre la Unión Soviética y los países del Este de Europa, por un lado, y las sociedades capitalistas occidentales y Japón, por otro. Esta situación de confrontación armada permanente se denominó **Guerra Fría**, porque no se producían encuentros bélicos que enfrentaran directamente a los dos bandos. Era una especie de pulso militar en el que las dos partes estaban siempre preparadas para ir a la guerra pero no lo hacían. Hoy día esta rivalidad ya no existe y, con el fin de la Guerra Fría y la desintegración del **comunismo** en la antigua URSS y el Este de Europa, el Segundo Mundo, en realidad, ha desaparecido (véase el capítulo 14, «Gobierno y política»). Rusia y las sociedades que antes se consideraban Segundo Mundo están hoy en día realizando su transición hacia un sistema competitivo de mercado como el de los países occidentales. También están intentando constituir instituciones políticas democráticas, basándose en modelos de Occidente.

El mundo en vías de desarrollo

Muchas sociedades que se encuentran en vías de desarrollo están ubicadas en áreas de Asia, África y Sudamérica que tuvieron gobiernos coloniales. Unas pocas áreas colonizadas lograron pronto su independencia, como Haití, que se convirtió en la primera república negra independiente en enero de 1804. Las colonias españolas de América del Sur alcanzaron su libertad en 1810 y Brasil se libró del control portugués en 1822. Sin embargo, la mayoría de las naciones del mundo que está en vías de desarrollo no lograron su independencia hasta después de la Segunda Guerra Mundial, a menudo después de sangrientas luchas anticoloniales. Así fue, por ejemplo, en la India, varios países asiáticos (como Birmania, Malasia y Singapur) y africanos (incluyendo, por ejemplo, Kenia, Nigeria, Zaire, Tanzania y Argelia).

Aunque haya pueblos que vivan de forma tradicional en los países que están en vías de desarrollo, la vida en estas naciones está muy alejada de las primeras manifestaciones de la sociedad tradicional. Sus sistemas políticos siguen modelos establecidos por primera vez en Occidente, es decir, son estados-nación. Aunque la mayoría de la población todavía vive en áreas rurales, muchas de estas sociedades están experimentando un rápido desarrollo urbano. A pesar de que la agricultura sigue siendo la principal actividad económica, ahora es frecuente que se cultive para los mercados mundiales y no para el consumo local. Los países en vías de desarrollo no son sólo sociedades que se «han quedado rezagadas» respecto a las áreas más industrializadas. En gran medida se han desarrollado a partir del contacto con la industrialización occidental, que ha socavado los sistemas tradicionales anteriores.

Las condiciones de vida en las zonas más pobres de estas sociedades no sólo no han mejorado, sino que se han deteriorado en los últimos años. Se calcula que al comenzar el siglo XXI vivían en la más absoluta pobreza mil doscientos millones de personas, la gran mayoría en los países en vías de desarrollo. Unos tres mil millones —casi la mitad de la población mundial— sólo vive con dos dólares al día. Los pobres del mundo se concentran en el sur y este de Asia (véase la figura 2.4), en África y en Latinoamérica, aunque existen importantes diferencias de una zona a otra. Por ejemplo, el nivel de pobreza en Asia Oriental y en el Pacífico se ha reducido durante la última década, mientras que ha aumentado en las naciones del África subsahariana. Entre 1987 y 1998 el número de personas que vivía con un solo dólar al día en esta región pasó de 220 millones a 290 (World Bank, 2000). También se ha registrado un aumento considerable de la pobreza en algunas zonas del sur de Asia, América Latina y el Caribe. Muchos países del mundo también sufren serias crisis financieras a causa de sus deudas. Con frecuencia, el pago de los intereses de los préstamos a instituciones extranjeras puede suponer una cantidad superior a la que la mayoría de los gobiernos invierte en sanidad, asistencia social y educación.

Los países de reciente industrialización

El mundo en vías de desarrollo no es una unidad, y, si bien la mayoría de los países que lo componen está muy retrasada económicamente respecto a las sociedades occidentales, algunos se han embarcado con éxito en un proceso de desarrollo industrial y han registrado un crecimiento económico espectacular en las últimas tres décadas. A veces se les denomina **países de reciente industrialización** (NIC en sus siglas inglesas), y entre ellos se encuentran Brasil y México en América Latina, junto a Corea del Sur, Singapur y Taiwán en Asia Oriental. Las tasas de crecimiento económico de los NIC más boyantes son varias veces las de la mayoría de las economías industriales occidentales. En algunos casos, los países de reciente industrialización han logrado niveles de renta per cápita prácticamente iguales a los de las naciones desarrolladas más pobres.

Hasta finales de los noventa, los NIC de Asia Oriental tuvieron los niveles más sostenidos de prosperidad económica. La exportación de productos manufacturados, sobre todo a los países desarrollados, contribuyó al rápido crecimiento económico de los llamados «tigres asiáticos». Los NIC de esta zona de Asia también se caracterizaban por unos elevados niveles de inversión, tanto interiores como exteriores. La producción de acero de Corea del Sur había crecido rápidamente y sus astilleros e industrias electrónicas estaban entre las principales del mundo. Singapur se estaba convirtiendo en el principal centro financiero y comercial del sudeste asiático. Taiwán tenía una importante presencia en la industria manufacturera y en la electrónica.

Entre 1997-1998 las economías de Asia Oriental se vieron desestabilizadas por el estallido de una crisis financiera global que se extendió con gran velocidad y virulencia por esta zona, superando también sus límites. A pesar de este revés, el desarrollo económico de los NIC de Asia Oriental ha mejorado la calidad de vida de millones de personas de la región. Los niveles de pobreza y las tasas de mortalidad infantil se han reducido, al tiempo que ha aumentado la esperanza de vida.

El desarrollo de las economías asiáticas y latinoamericanas podría parecer de poca importancia para la vida de los ciudadanos de Gran Bretaña o los Estados Unidos, por ejemplo. Pero no es así. En la actualidad, las naciones están atrapadas en una economía global, de modo que los acontecimientos que ocurren en otras partes del mundo tienen efectos y consecuencias inmediatas en el resto. Por ejemplo, el desarrollo de las manufacturas de acero en Asia Oriental ha afectado directamente al Reino Unido, cuya cuota de mercado en la producción de ese metal se ha reducido considerablemente en las tres últimas décadas. Del mismo modo, la reciente crisis financiera que comenzó en esa zona hizo más volátiles los mercados financieros del mundo y desestabilizó economías que parecían bastante sólidas. Finalmente, el crecimiento de los NIC está alterando la división tradicional entre el «Norte» y el «Sur» antes mencionada. Las relaciones políticas y económicas ya no pueden categorizarse a partir del simple modelo que separa a las sociedades del «Primer» y «Tercer» Mundos. Los procesos de globalización, que analizaremos en detalle en el capítulo 3 («Un mundo en cambio»), están generando esquemas de poder y privilegio mucho más complejos que los predominantes hace un siglo.

El cambio social

Los seres humanos han existido sobre la tierra aproximadamente desde hace medio millón de años. La agricultura, la base necesaria para el mantenimiento de asentamientos estables, sólo tiene unos doce mil años de antigüedad. Las civilizaciones no tienen más de seis mil años. Si pensáramos que toda la existencia humana hasta el momento ha durado el equivalente a un día, la agricultura habría aparecido a las 11:56 de la noche y las civilizaciones a

Figura 2.3 Los tres mundos

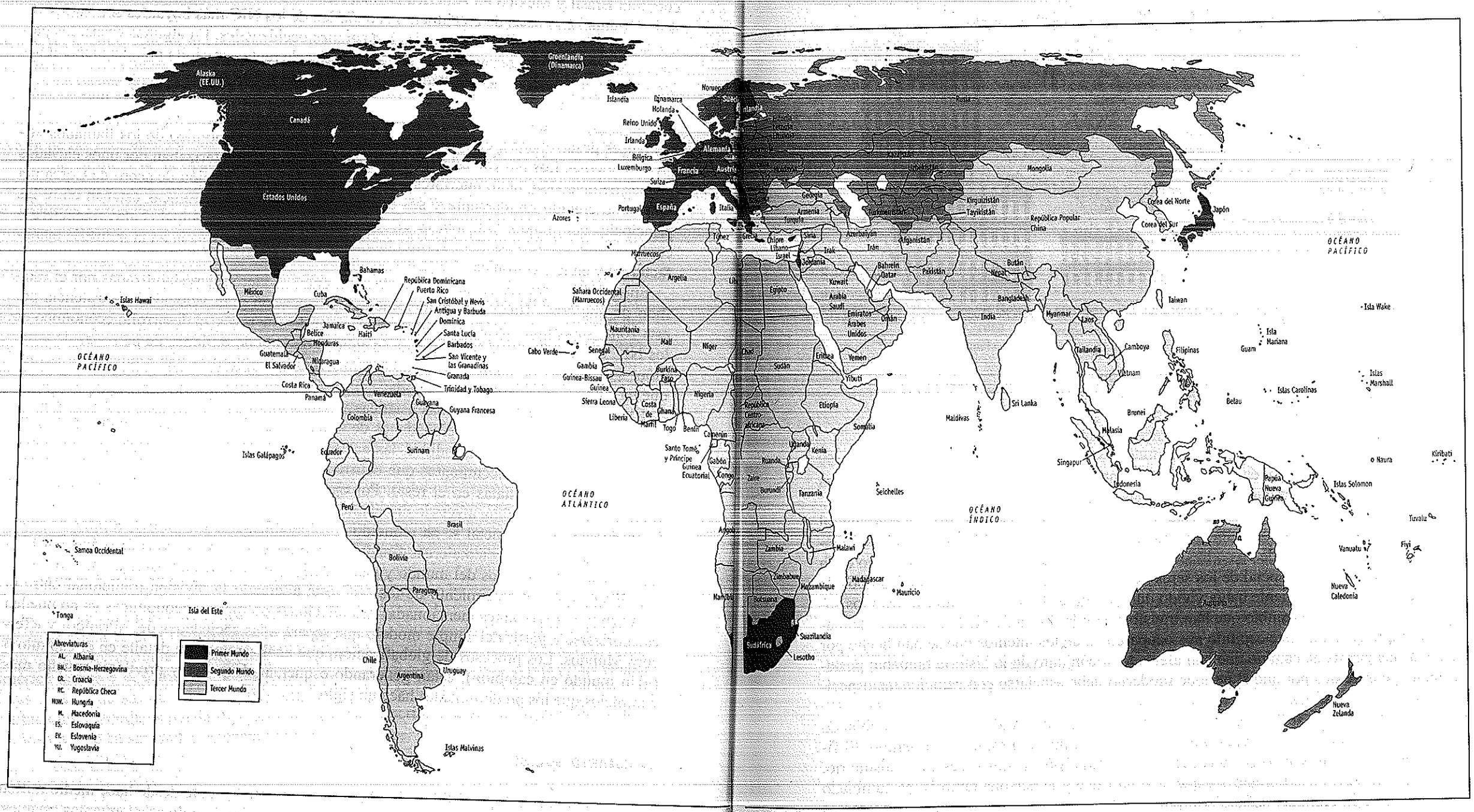
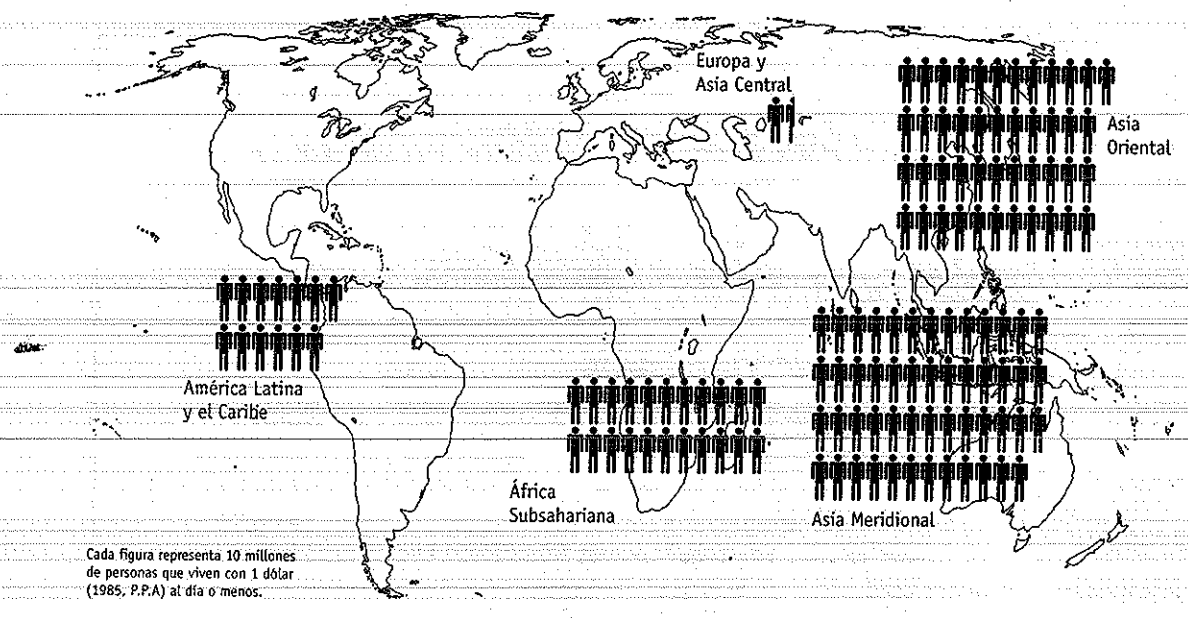


Figura 2.4 Pobreza en cada una de las zonas en vías de desarrollo



FUENTE: Banco Mundial, *World Development Report 1998-1999*, Oxford University Press, 1998, p. 118.

las 11:57. ¡El desarrollo de las sociedades modernas sólo se pondría en marcha a las 11:59 y 30 segundos! Sin embargo, en esos últimos treinta segundos de la jornada humana quizá se hayan registrado más cambios que en todas las horas previas.

Como hemos visto, las formas de vida y las instituciones sociales que caracterizan al mundo contemporáneo son radicalmente diferentes incluso de las del pasado reciente. Durante un período de no más de dos o tres siglos —una brizna de minuto en el contexto de la historia humana— la vida social de los seres humanos se ha visto arrancada de los tipos de orden social en los que la gente había vivido durante miles de años. ¿Cómo explican los sociólogos los procesos de cambio que han transformado la forma de vida de los seres humanos? En lo que queda de este capítulo nos ocuparemos de los intentos que se han hecho por interpretar las pautas de cambio que han afectado al conjunto de la historia humana; posteriormente, pensaremos por qué el período moderno debe asociarse con cambios tan específicos, profundos y rápidos.

El **cambio social** es difícil de definir, porque, en cierto sentido, todo está cambiando continuamente. Cada día es nuevo; cada momento es un nuevo instante en el tiempo. El filósofo griego Heráclito señaló que una persona no podía bañarse dos veces en el mismo río. La segunda vez el río es diferente, ya que el agua fluye y la persona también ha cambiado de una forma sutil. Aunque, hasta cierto punto, esta observación sea correcta, *sí* queremos decir normalmente que se trata del mismo río y que es la misma persona la que entra en él en dos ocasiones diferentes. Hay suficiente continuidad en la configuración o forma del río y en la constitución física y la personalidad de la persona que se moja como para que podamos decir que ambos son «el mismo», a pesar de los cambios que tienen lugar.

Cuadro 2.3 Las sociedades del mundo contemporáneo

Tipo	Período de existencia	Características
Sociedades del Primer Mundo	Desde el siglo XVIII hasta hoy.	Se basan en la producción industrial y generalmente en el libre mercado. La mayoría de la población vive en centros urbanos, pocos se dedican a las actividades agrícolas. Importantes desigualdades de clase, aunque menos acusadas que en los estados tradicionales. Comunidades políticas o estados-nación diferenciados, entre ellos los países occidentales, Japón, Australia y Nueva Zelanda.
Sociedades del Segundo Mundo	Desde principios del siglo XX (después de la Revolución rusa de 1917) hasta principios de los años noventa.	Se basan en la industria, pero el sistema económico es de planificación centralizada. Una pequeña parte de la población trabaja en la agricultura; la mayoría vive en centros urbanos. Subsisten diferencias de clase importantes. Comunidades políticas o estados-nación diferenciados. Hasta 1989 este grupo se componía de la Unión Soviética y de Europa del Este, pero importantes cambios políticos y sociales comenzaron a transformar estos países en sistemas de economía de mercado, según el modelo de las sociedades del Primer Mundo.
Sociedades en vías de desarrollo (del «Tercer Mundo»)	Desde el siglo XVIII (generalmente como áreas colonizadas) hasta el presente.	La mayoría de la población trabaja en la agricultura, y utiliza métodos de producción tradicionales. Parte de la producción agrícola se vende en los mercados mundiales. Algunos tienen economías de mercado; otros, planificación centralizada. Comunidades políticas o estados-nación diferenciados, entre ellos China, la India y la mayoría de los países africanos y sudamericanos.
Países de reciente industrialización	Desde los años setenta hasta hoy.	Sociedades antes en vías de desarrollo ahora se basan en la producción industrial y, en general, en el libre mercado. La mayoría de la población vive en centros urbanos, y pocos trabajan en la agricultura. Importantes desigualdades de clase, más acusadas que en las sociedades del Primer Mundo. Los ingresos per cápita son considerablemente menores que los de las sociedades del Primer Mundo. Entre estos países se incluye Hong Kong, Corea del Sur, Singapur, Taiwán, Brasil y México.

Identificar cambios significativos supone poner de manifiesto hasta qué punto se han producido alteraciones en la *estructura subyacente* de un objeto o de una situación durante un período de tiempo. En el caso de las sociedades humanas, para determinar hasta qué punto y de qué manera un sistema está en proceso de cambio tenemos que mostrar en qué medida se han producido modificaciones en las *instituciones fundamentales* durante un período dado. En toda explicación de un cambio también hay que exponer lo que permanece estable, como punto de referencia con el que calibrar las alteraciones. Incluso en un mundo que se mueve tan rápido como el actual existen continuidades con el pasado lejano. Por ejemplo, los grandes sistemas religiosos, como el cristianismo o el islam, conservan vínculos con ideas y prácticas iniciadas hace unos dos mil años. Sin embargo, es evidente que la mayoría de las instituciones de las sociedades modernas cambian de forma más rápida que las de las tradicionales.

Influencias sobre el cambio social

En los últimos dos siglos, ha habido teóricos que han intentado desarrollar una teoría general que explicara la naturaleza del cambio social. Sin embargo, ningún planteamiento monocausal puede explicar la diversidad del desarrollo social humano, que va desde las sociedades de cazadores y recolectores hasta los complejísimos sistemas actuales, pasando por las sociedades de pastores y las civilizaciones tradicionales. Sin embargo, sí podemos identificar los factores que han influido de forma persistente en el cambio social: el medio físico, la organización política y los factores culturales.

El medio físico

El medio físico suele influir en el desarrollo de las organizaciones sociales humanas. Donde mejor se aprecia este factor es en las circunstancias medioambientales más extremas, donde las personas deben organizar su forma de vida en función de las condiciones climatológicas. Los habitantes de las regiones polares desarrollan, necesariamente, hábitos y prácticas diferentes de las de quienes viven en áreas subtropicales. Las personas que habitan en Alaska, donde los inviernos son largos y fríos, suelen seguir unas pautas de vida social diferentes de las de los que viven en los países mediterráneos, mucho más cálidos. En Alaska se pasa más tiempo a cubierto y, salvo durante el corto período de verano, hay que planificar muy cuidadosamente las actividades al aire libre, porque el medio es hostil.

Unas condiciones físicas menos extremas también pueden afectar a la sociedad. Los aborígenes de Australia nunca han dejado de ser cazadores y recolectores, ya que su continente apenas tenía plantas autóctonas que pudieran cultivarse de forma regular o animales susceptibles de ser domesticados con el fin de desarrollar la ganadería. La mayoría de las civilizaciones primigenias se desarrolló en zonas en las que había mucha tierra fértil, como, por ejemplo, en los deltas de los ríos. También son importantes factores como la facilidad de las comunicaciones y la disponibilidad de rutas marítimas: las sociedades que están aisladas de las demás por cadenas montañosas, selvas o desiertos intransitables suelen mantenerse relativamente inalteradas durante largos períodos de tiempo.

Con todo, la influencia directa del medio ambiente sobre el cambio social no es muy grande. Las personas suelen poder desarrollar una considerable capacidad productiva incluso en áreas relativamente inhóspitas. Esto es así, por ejemplo, en Alaska, cuyos habitantes han logrado extraer los recursos petrolíferos y minerales a pesar de las duras condiciones naturales del entorno. Por el contrario, las sociedades de cazadores y recolectores solían vivir en zonas muy fértiles sin dedicarse a la ganadería o a la agricultura.

La organización política

Un segundo factor que influye considerablemente en el cambio social es el tipo de organización política. Por ejemplo, en las sociedades de cazadores y recolectores esta influencia es mínima, ya que no hay autoridades políticas que puedan movilizar a la comunidad. Sin embargo, en el resto de las sociedades, la existencia de organismos políticos diferenciados —jefes, señores, reyes y gobiernos— influye de modo considerable en el curso del desarrollo. Los sistemas políticos no son, como creía Marx, expresión directa de la organización económica subyacente, ya que pueden existir tipos de orden político bastante diferentes que tengan un sistema de producción similar. Ha habido, por ejemplo, sociedades basadas en el capitalismo industrial que han tenido sistemas políticos autoritarios (como la Alemania nazi y Sudáfrica bajo el régimen del *apartheid*), mientras que otras con este orden económico son mucho más democráticas (por ejemplo, los Estados Unidos, Gran Bretaña o Suecia).

El poder militar desempeñó un papel fundamental en el establecimiento de la mayoría de los estados tradicionales y determinó igualmente su pervivencia o expansión. Sin embargo, la relación entre nivel de producción y fuerza militar también es indirecta. Por ejemplo, un gobernante puede optar por canalizar sus recursos hacia el desarrollo militar aunque esto suponga el empobrecimiento de la mayoría de la población, como ha ocurrido en Corea del Norte bajo los gobiernos de Kim Il Sung y de su hijo Kim Jong Il.

Los factores culturales

La tercera gran influencia sobre el cambio social es la de los factores culturales, entre los que se incluyen la religión, los sistemas de comunicación y el liderazgo. La religión puede ser una fuerza conservadora o innovadora en la vida social (véase el capítulo 17, «Religión»). Algunas creencias y prácticas religiosas han supuesto un freno para las transformaciones, haciendo hincapié sobre todo en la necesidad de respetar los valores y rituales tradicionales. Sin embargo, como subrayó Max Weber, las convicciones religiosas tienen a menudo un papel movilizador a favor del cambio social.

Una influencia cultural especialmente importante que afecta a la naturaleza y el ritmo del cambio es la de los sistemas de comunicación. La invención de la escritura, por ejemplo, hizo posible que se mantuvieran archivos, que se incrementara así el control de los recursos materiales y que se desarrollaran organizaciones a gran escala. Además, la escritura alteró la percepción que tenían las personas de la relación entre pasado, presente y futuro. Las sociedades que escriben mantienen un registro de los acontecimientos del pasado y sa-

ben que tienen una historia. Comprender la historia puede favorecer el sentimiento de que existe un movimiento general o una línea de desarrollo en el comportamiento de una sociedad y, por tanto, las personas pueden participar activamente en el progreso de ésta.

Bajo el epígrafe general de factores culturales también habría que situar el *liderazgo*. En la historia del mundo los líderes individuales han tenido una enorme influencia. Sólo tenemos que pensar en las grandes figuras religiosas (como Jesús), en los dirigentes políticos y militares (como Julio César) o en los innovadores científicos o filosóficos (como Isaac Newton) para darnos cuenta de que ha sido así. Un líder capaz de impulsar políticas dinámicas, de hacerse con un apoyo masivo o de cambiar radicalmente las formas de pensar preexistentes puede derribar el poder establecido.

Sin embargo, los individuos sólo pueden alcanzar posiciones de liderazgo y ser eficaces en lo que hacen si existen condiciones sociales favorables. Por ejemplo, Adolf Hitler logró tomar el poder en Alemania en los años treinta en parte por las tensiones y crisis que asolaban el país en aquel momento. Si esas circunstancias no se hubieran dado, probablemente habría seguido siendo una oscura figura dentro de una facción política minoritaria. Lo mismo puede decirse que ocurrió en fecha posterior con Mahatma Gandhi, el famoso líder pacifista indio del período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Gandhi logró asegurarse de que se produciría la independencia de su país del dominio británico porque la guerra y otros acontecimientos habían sacudido las instituciones coloniales de la India.

El cambio en la época contemporánea

¿Cuál es la razón de que en los últimos dos siglos, el período de la modernidad, se haya asistido a una aceleración tan tremenda en la velocidad del cambio social? Éste es un tema muy complejo, pero no es difícil indicar algunos de los factores implicados. No resulta sorprendente que éstos puedan categorizarse con criterios semejantes a los de los factores que han influido en el cambio social a lo largo de la historia, aunque para analizarlos haya que subsumir la influencia del entorno físico en la importancia global de los factores económicos.

Influencias económicas

La industria moderna se diferencia de manera fundamental de los sistemas productivos anteriores porque supone una constante expansión de la producción y una acumulación de la riqueza siempre creciente. En los sistemas económicos tradicionales los niveles de producción eran bastante estáticos, ya que se ajustaban a necesidades habituales y acostumbradas. El capitalismo impulsa constantemente la revisión de la tecnología productiva, proceso hacia el que se va atrayendo a la ciencia. El ritmo de innovación tecnológica que ha fomentado la industria moderna es muchísimo mayor que el de cualquier orden económico previo.

El impacto de la ciencia y la tecnología sobre nuestra forma de vida puede achacarse principalmente a factores económicos, pero también rebasa esta esfera. La ciencia y la tecnología influyen en los factores políticos y culturales y también son influidos por ellos. Por ejemplo, el desarrollo científico y tecnológico ayudó a crear modernos medios de comunicación como la radio y la televisión. Como hemos visto, estos sistemas electrónicos han generado transformaciones políticas en los últimos años y han llegado a configurar nuestra forma de pensar y sentir el mundo.

Influencias políticas

El segundo gran tipo de influencia sobre el cambio en la época contemporánea es la evolución política. La lucha entre las naciones para extender su poder, incrementar su riqueza y triunfar militarmente sobre sus competidores ha sido una vigorosa fuente de transformaciones durante los dos o tres últimos siglos. En las civilizaciones tradicionales, el cambio político se limitaba normalmente a las élites. Una familia aristocrática, por ejemplo, reemplazaba a otra como gobernante, mientras que para la mayoría de la población la vida proseguía relativamente inmutable. No es así en los sistemas políticos contemporáneos, en los que las actividades de los líderes políticos y de los funcionarios del Estado influyen constantemente sobre las vidas de la masa de la población. Tanto interna como externamente, la toma de decisiones políticas promueve y dirige el cambio social en mayor medida que en épocas anteriores.

Sin duda, el desarrollo político de los dos o tres últimos siglos ha influido en el cambio económico tanto como éste lo ha hecho en la política. Los gobiernos tienen ahora un papel primordial en el estímulo y, en ocasiones, en el retraso del crecimiento económico, y en todas las sociedades industriales se registra un elevado nivel de intervención estatal en la producción, siendo el gobierno, con mucho, el mayor empleador.

El poder militar y la guerra han tenido también una importancia decisiva. La fuerza militar de las naciones occidentales a partir del siglo XVII permitió a éstas influir en todas las partes del globo y dio un respaldo clave a la difusión internacional de su forma de vida. En el siglo XX los efectos de las dos guerras mundiales han sido profundos, y entre ellos se cuenta la devastación de muchos países, la cual condujo, después de la Segunda Guerra Mundial, a procesos de reconstrucción que alumbraron grandes cambios institucionales, por ejemplo, en Alemania y en Japón. Incluso los estados vencedores —como Gran Bretaña— sufrieron grandes transformaciones internas por el impacto de la guerra en la economía.

Influencias culturales

Entre los factores culturales que han influido en los procesos de cambio social de la época contemporánea, tanto el desarrollo de la ciencia como la secularización del pensamiento han contribuido a su carácter *crítico* e *innovador*. Ya no se da por hecho que las costumbres o los hábitos sean aceptables simplemente por tener la autoridad de la tradición. Antes al contrario, nuestra forma de vida precisa cada vez más de un fundamento «racional». Por ejemplo, el diseño de un hospital no debe basarse principalmente en gustos tradicionales, sino que hay que tener en cuenta su capacidad para servir a los propósitos de un centro sanitario, es decir, cuidar eficazmente de los enfermos.

Además de nuestra *forma* de pensar, también ha cambiado el *contenido* de las ideas. En general, los ideales de mejora personal, libertad, igualdad y participación democrática son

creaciones de los dos o tres últimos siglos y han servido de catalizadores en procesos de cambio político y social de largo alcance, entre los que se incluyen las revoluciones. Estos ideales no pueden vincularse a la tradición, sino que más bien indican una revisión constante de las formas de vida, en busca de mejoras para el ser humano. Aunque se desarrollaron inicialmente en Occidente, tales ideales se han hecho realmente universales en su aplicación, favoreciendo el cambio en la mayoría de las regiones del mundo.

Conclusión

Los cambios que se están produciendo en el mundo actual hacen a todas las culturas y sociedades más interdependientes que nunca. Al acelerarse el ritmo del cambio, lo que ocurre en un determinado punto del mundo puede afectar directamente a personas de otros lugares. Ahora vivimos mucho más en el «patio trasero de los demás» que en anteriores generaciones, en parte por las nuevas formas de comunicación electrónica que ya hemos mencionado. El sistema global no es sólo un entorno dentro del que determinadas sociedades —como Gran Bretaña— se desarrollan y transforman. Las conexiones sociales, políticas y económicas que rebasan las fronteras nacionales condicionan de manera decisiva el destino de quienes viven dentro de cada una de ellas. Esta creciente interdependencia de la sociedad mundial se aborda en el siguiente capítulo, «Un mundo en cambio».

Puntos fundamentales

1. El concepto de cultura es uno de los más importantes en sociología. La cultura tiene que ver con las formas de vida de los miembros de una sociedad o de sus grupos. Comprende el arte, la literatura y la pintura, pero va mucho más allá. Por ejemplo, otros elementos de la cultura son la forma de vestir de las personas, sus costumbres, pautas laborales y ceremonias religiosas.
2. Los valores son ideas abstractas que definen lo que se considera importante, valioso y deseable dentro de una cultura dada. Las normas son reglas de comportamiento que reflejan o encarnan los valores de una cultura. Valores y normas funcionan de forma conjunta dentro de su entorno. Estos dos elementos están muy enraizados, pero pueden cambiar con el tiempo.
3. Las creencias y prácticas culturales son muy diversas. El etnocentrismo es la práctica que consiste en juzgar otras culturas mediante la comparación con la propia. Los sociólogos intentan utilizar el relativismo cultural, es decir, estudiar una cultura a partir de sus propios significados y valores.
4. Los seres humanos aprenden las características culturales mediante el proceso de socialización. Los agentes de la socialización son los grupos o contextos sociales en los que tienen lugar procesos de socialización importantes. La socialización infantil es el proceso por el cual el bebé indefenso, mediante el contacto con otros seres humanos, se va haciendo poco a poco un ser consciente de sí mismo, una persona informada y alguien versado en las pautas de una determinada cultura.

5. La identidad tiene que ver con la interpretación que las personas tienen de quiénes son y de lo que tiene sentido para ellas. La identidad social describe las características que atribuyen los demás a un individuo. Esta atribución suele basarse en los grupos sociales —como el de hombres, asiáticos o católicos— a los que se considera que pertenece tal individuo y que determinan en qué medida es igual a otros. La identidad personal, o del sujeto, nos individualiza, puesto que alude al proceso de desarrollo personal mediante el cual formulamos un sentido propio de lo que somos y de nuestra relación con el mundo que nos rodea.
6. Una sociedad es un conjunto de interrelaciones que pone en contacto a los individuos y los une. Se pueden distinguir diversos tipos de sociedades premodernas. En las de cazadores y recolectores la población vivía de la recolección de plantas y de la caza de animales. Las sociedades de pastores son aquellas en las que la cría de animales domésticos proporciona el principal medio de vida, mientras que las agrarias dependen del cultivo de terrenos fijos. Las de mayores dimensiones, más desarrolladas y urbanas forman las civilizaciones tradicionales.
7. En las sociedades industrializadas la producción industrial se convierte en la base principal de la economía. La mayoría de la población vive en áreas urbanas y hay organizaciones de gran envergadura que influyen en la vida de casi todos. Las civilizaciones industriales constituyeron los primeros estados-nación, comunidades políticas que se diferencian de las demás mediante fronteras claramente delimitadas.
8. El desarrollo de las sociedades industriales y la expansión de Occidente condujeron a la conquista de numerosas zonas del mundo, y el proceso colonizador alteró de modo radical sistemas sociales y culturas muy arraigadas.
9. Los países industrializados de Occidente, junto a Japón, Australia y Nueva Zelanda, han pasado a considerarse el Primer Mundo, o mundo desarrollado. El Segundo Mundo lo formaban las sociedades industrializadas regidas por los regímenes comunistas de la antigua Unión Soviética y de Europa Oriental. Desde el final de la Guerra Fría, un período de permanente confrontación armada entre los países del Primer Mundo y los del Segundo, éste ha desaparecido.
10. A los países que estuvieron colonizados y que están en un nivel de desarrollo inferior se les denomina Tercer Mundo, o mundo en vías de desarrollo. Gran parte de la población de la tierra vive en estas zonas. Los países de reciente industrialización son los que, estando en vías de desarrollo, se han embarcado en un proceso de industrialización y han experimentado un rápido crecimiento económico.
11. El período contemporáneo, que va desde el siglo XVIII hasta el presente, ha presenciado una extraordinaria aceleración de los procesos de cambio. Probablemente, durante este período —que es un tramo minúsculo de la historia humana— hayan tenido lugar más transformaciones profundas que en toda la existencia previa de la humanidad.
12. Ninguna teoría que se base en un «único factor» puede explicar todos los cambios sociales. Se pueden distinguir varias influencias importantes sobre el cambio, y una de ellas es la adaptación al entorno material. Además, se pueden mencionar el medio físico, la organización política y los factores culturales.
13. Entre los factores importantes que influyen en el cambio social contemporáneo se encuentran la expansión del capitalismo industrial, el desarrollo de los estados-nación

centralizados, la industrialización de la guerra y la aparición de la ciencia y de las formas de pensamiento «crítico».

Cuestiones para una posterior reflexión

1. ¿Tiene cada sociedad una única cultura?
2. ¿En qué se diferencia la socialización del adoctrinamiento o del lavado de cerebro?
3. ¿Qué relación existe entre nuestra identidad personal y las identidades sociales?
4. ¿Qué importancia tiene la socialización primaria en sociedades complejas que cambian con rapidez?
5. ¿Qué es lo que detiene el desarrollo del Tercer Mundo?
6. ¿Hasta qué punto son importantes los «grandes líderes» para los procesos de cambio social?

Lecturas complementarias

Ruth Benedict (1946): *Patterns of Culture*, Nueva York, Mentor Books.

Brian M. Fagan (1992): *People of the Earth*, Londres, HarperCollins.

Leslie Holmes (1996): *Post-Communism: An Introduction*, Cambridge, Polity.

Enlaces en Internet

Sobre las culturas del mundo antiguo
http://eawc.evansville.edu

Library of Congress Country Studies
http://lcweb2.loc.gov/frd/cs/cshome.html

Rural History Centre
www.rdg.ac.uk/Instits/im/rural/hist.html

3. Un mundo en cambio

Usted podría pensar que su supermercado no tiene mucha importancia para el estudio de la sociología, pero, como aprendimos en el capítulo 1, los sociólogos buscan con frecuencia ideas sobre el mundo social en los lugares más insospechados. El supermercado es un lugar que puede decirnos mucho sobre ciertos fenómenos sociales de gran interés para los sociólogos a comienzos del siglo XXI, como son las rápidas pautas de cambio social y la profundización de la sociedad global.

La próxima vez que vaya al supermercado, preste atención a la gran cantidad de productos que ve expuestos en los anaqueles. Si, como tantas otras personas, empieza su compra en la zona de productos frescos, lo más probable es que encuentre piñas de Hawai, pomelos de Israel, manzanas de Sudáfrica y aguacates de España. Bien podría ser que en el siguiente pasillo descubriera un amplio surtido de *currys* y especias para platos indios, una profusa selección de ingredientes para preparar comidas de Oriente Medio como el cuscús y el falafel y latas de leche de coco para cocinar al modo tailandés. Al seguir haciendo la compra, fíjese en los cafés de Kenia, Indonesia y Colombia, en el cordero de Nueva Zelanda y en las botellas de vino argentino y chileno. Si echa un vistazo a un paquete de galletas o a una tableta de chocolate, podrá darse cuenta de que los ingredientes aparecen en ocho o diez idiomas.

¿Qué dimensiones sociológicas tiene esta excursión tan breve por un supermercado? Como vimos al analizar la sociología del café (véase el capítulo 1, «¿Qué es la sociología?»), no podemos separar nuestras acciones en el ámbito local de los grandes ámbitos sociales que se extienden por el globo. La enorme diversidad de productos que nos hemos acostumbrado a ver en los supermercados occidentales depende de complejos lazos económicos y sociales que vinculan a países y personas de todo el mundo. También reflejan procesos de cambio social a gran escala que han hecho que diferentes partes de ese mundo es-